

EL ENFERMO, DE AZORÍN

JOSÉ MANUEL VIDAL ORTUÑO

Desde hace ya varios años –concretamente, desde 1998-, la madrileña editorial Biblioteca Nueva viene reeditando las obras de José Martínez Ruiz, dentro de la que ha denominado como “Biblioteca Azorín”. Se trata de una colección de libros de bolsillo donde cada volumen lleva un estudio preliminar. Así pues, aparece de nuevo en las librerías *El enfermo*¹, con un prólogo del profesor Francisco Javier Díez de Revenga, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Murcia, quien, a lo largo de su dilatada y brillante carrera, ha prestado siempre una sostenida atención al autor de *La voluntad*.

Se publicó *El enfermo* en 1943, inaugurando una de aquellas heroicas empresas editoriales –Ediciones Adán, colección “La Tortuga”-, que nacieron para paliar el hambre cultural de una dura posguerra. El profesor Díez de Revenga nos recuerda cómo el anciano y ya prestigioso escritor participó en otros proyectos similares; entre ellos quizá sea el más famoso el haber iniciado en 1942, con *Cavilar y contar*, la colección “Áncora y Delfín” de la editorial Destino de Barcelona.

El prólogo de Javier Díez de Revenga se divide en tres apartados: “Una novela autobiográfica”, “Cavilando y contando” y “Medicina y novela”. Bajo el primero de los epígrafes, señala el mencionado crítico que –merced al trabajo de estudiosos como Martínez Cachero, Fox, Baquero Goyanes o Risco- el nombre de Azorín figura hoy, con total justicia, al lado de “los grandes nombres de la narrativa del siglo XX”; esto es, al lado de Joyce, Gide, Woolf, Hesse, Proust o Kafka. Y también nos habla del “Azorín renovador de la novela española”, encabezando una lista en la que figuran Unamuno, Miró, Pérez de Ayala y Benjamín Jarnés. Destaca, asimismo, los esfuerzos de Ricardo Gullón y Darío Villanueva por poner la obra novelesca de Martínez Ruiz dentro de la órbita de la novela lírica, en la cual, como es bien sabido, escaso argumento y notas autobiográficas parecen ser elementos definitorios.

¹ José Martínez Ruiz (Azorín), *El enfermo*, introducción de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

Así las cosas, en el estudio de Díez de Revenga se pone de manifiesto cuanto de autobiográfico tiene o pudiera tener *El enfermo*. Y desde tal perspectiva, no es casualidad que Martínez Ruiz bautice a su protagonista con unos apellidos –Albert y Mira- extraídos de su propio árbol genealógico. Como tampoco puede ser fruto del azar el que la acción de la novela transcurra en Petrel, pueblo alicantino del que era natural la madre del escritor. Incluso estos trasvases que van de la realidad a la ficción hacen que el personaje de Enriqueta Payá y Dolz, la mujer de Víctor Albert, esté hecho con los patrones de la esposa de Azorín, Julia Guinda (al menos con los retratos que de su esposa nos ha querido dejar el escritor en libros de recuerdos como *París* y *Memorias inmemoriales*). Hasta las vivencias del exilio en la capital de Francia, que pertenecen a Martínez Ruiz, son transferidas igualmente a los personajes de ficción (capítulo VII: “Divergencia en París”). Las semejanzas entre el autor y su personaje llegan, según el prologuista, hasta compartir la misma edad: “Setenta años tiene el personaje principal, los mismos setenta años que tiene Azorín, nacido el 8 de junio de 1873, cuando en junio de 1943 pone el punto final a la novela”.

Más allá de lo autobiográfico, algo también de novela en clave, a la manera que lo fueron algunas del XIX, tiene *El enfermo*, porque de hecho los críticos –desde Cruz Rueda hasta Díez de Revenga, pasando por Luis S. Granjel- han identificado respectivamente a personajes como Demetrio García de Rodas y Facundo Irala con Gregorio Marañón y Teófilo Hernando, grandes amigos del escritor. En tanto estos doctores viven en Madrid, en Petrel aparecen “tres galenos locales” que de manera sucesiva, como si fueran uno solo, asisten a Víctor Albert: Primitivo Miralles, el gallego Alfredo Landeira y Laureano Vera, natural de Elda.

El argumento de la novela es leve, casi inexistente, en el que apenas pasa nada (y si algo sucede, queda silenciado o queda en un segundo plano, como los amores de la viuda de Miralles con el nuevo médico, Alfredo Landeira, que para tanto hubiera dado en una novela decimonónica). Señala Javier Díez de Revenga que *El enfermo* consta, de manera predominante, de “todo un mundo de reflexiones”, y lo que realmente nos muestra es el declinar de Víctor Albert –“novelista, cuentista y comediógrafo”, al decir del narrador-, quien a sus setenta años teme quedarse sin ideas, sin inspiración para seguir escribiendo (“el estro ha fluido hasta ahora; puede, de pronto, no manar”).

Se detiene el profesor Díez de Revenga en la estructura de *El enfermo* en el segundo apartado de la introducción –al que muy azorinianamente titula “Cavilando y contando”-. La novela está formada por treinta y cuatro capítulos. Frente al carácter descriptivo de los seis primeros –que van de la casa al pueblo, Petrel; y del pueblo al valle de Elda-, predomina en el resto bien lo ensayístico, o bien el diálogo. En

un caso y en otro lo que abunda son las reflexiones, las ideas, por encima de las escasas peripecias de los personajes; de ahí que un crítico como Renata Londero haya podido hablar, con total acierto, de novela-ensayo en Azorín. A través de la lectura de *El enfermo* sabemos de libros eruditos y curiosos, como el titulado *Farmacopea matritense en castellano*, de 1823, en el cual se nos habla, por ejemplo, del poder curativo que tienen ciertas piedras preciosas: “El granate es eficaz contra la melancolía; supone Víctor que también lo es el rubí”. O hay capítulos como el XI (“Dosificación”) definidor del estilo de Albert en la vejez, que es lo mismo que decir el estilo de Azorín en esos mismos años: “No; no quiere Víctor Albert ser ya estilista; deja esta vanidad para los inexpertos. Ambiciona al presente expresar con la menor cantidad la mayor suma de ideas. Y no la mayor suma solamente, sino la mayor suma con la mayor exactitud”. Por último, hay capítulos con tal autonomía que podrían ser verdaderos cuentos intercalados; así el III, al cual le dedica Javier Díez de Revenga muy atinados comentarios en el estudio preliminar (“Historia”), y cuyo personaje es el rey Jaime I de Aragón, visto de una manera completamente intrahistórica.

Frente a ejercicios novelescos en los cuales todos sus elementos son fruto de una perfecta trabazón, en *El enfermo* predomina lo inacabado. Y, en efecto, no sabemos por qué el matrimonio de Víctor y Enriqueta cambió la vida en el tumultuoso Madrid por el tranquilo Petrel: “Ha dejado usted Madrid –le dice García de Rodas a Víctor Albert-, con todos los inconvenientes de la gran ciudad, y se ha retirado al campo. En el campo, o en un pueblecito corto, es lo mismo [...]”. Basándose en trabajos de María Martínez del Portal sobre los desenlaces en novelas y cuentos, Javier Díez de Revenga comenta atinadamente el final abierto de *El enfermo*, cuando Víctor y Enriqueta, muy ancianos, se despiden de la finca del Sirerer antes de su venta: “El Sirerer es todavía de ellos, y dentro de unas horas ya no lo será”. La despedida del Sirerer –según Díez de Revenga- hay que interpretarla, pues, como “el efecto del paso del tiempo que ha conducido a la más absoluta ancianidad a los propietarios de estas tierras”; aunque la narración tenga un final inacabado, dadas las palabras que el provector escritor le dirige a su mujer: “-¡No llores, Enriqueta! –repite Víctor-. La vida es así. ¡Vamos, Enriqueta! ¡Ya vendrán tiempos mejores!”

En relación con la estructura está el carácter metaliterario de *El enfermo*, un aspecto en el que Javier Díez de Revenga insiste hacia el final de su estudio (epígrafe “Medicina y novela”). La narración se va haciendo ante nuestros ojos, como en el célebre soneto de Lope de Vega. Tempranamente, en el capítulo IV, “El valle”, la voz del autor implícito se funde con la del personaje protagonista (“no somos ya el autor de este libro, sino Víctor Albert y Mira”). Más adelante –capítulo XVII-, cuando Facundo Irala le pregunta a Albert qué está escribiendo, éste le responde: “Una

novela; cosa ligera; la novela de un enfermo”. Pero, sobre todo, la certeza de que los seres que pueblan el relato se han ido convirtiendo en personajes de ficción, lo observamos en el penúltimo capítulo. En el mismo, según el profesor Díez de Revenga, el tiempo “que todo lo cambia y lo muda”, ha sido capaz “de transformar sus personajes en personajes de novela”. Y así Emilia Pastor, la viuda de Miralles, la que marchó a Galicia con Landeira, es observada por el protagonista –tal y como leemos en *El enfermo*– “como un personaje cualquiera de sus novelas”. Y más adelante: “La Pastorcita no existe; no existe tampoco Landeira; los dos son una pura entelequia; han cruzado un momento por el cerebro de Víctor y han desaparecido”.

Es, en definitiva, *El enfermo* una novela que acaso pueda resultar sorprendente a un público actual por sus innovadores planteamientos. El que en su momento fuera calificado por José María Martínez Cachero como “bello libro crepuscular” va en contra de esos gustos, tan en boga actualmente, que buscan en la novela un exceso de narratividad y una tendencia a lo esotérico. La de Azorín, por el contrario, es una obra que invita a la lectura reposada y reflexiva, porque, como el mismo escritor defendió más de una vez, las obras en las que no pasa nada son aquellas en las que más cosas suceden. Javier Díez de Revenga, con la amenidad y el rigor que le caracterizan, ha sabido resaltar en su estudio previo todos estos valores de *El enfermo*, una novela de ayer, que quizás pueda interesar más a ciertos lectores de hoy.